

LOS CAMPOS COMO MICROCOSMOS RELATIVAMENTE AUTÓNOMOS

¿Cuáles son los usos sociales de la ciencia? ¿Es posible hacer una ciencia de la ciencia, una ciencia social de la producción de la ciencia capaz de describir y orientar los usos sociales de ésta? Para poder responder estas preguntas, debo empezar por recordar algunas nociones, condiciones de una reflexión bien pertrechada, y en particular la noción de *campo*, cuya génesis evocaré rápidamente.

Todas las producciones culturales, la filosofía, la historia, la ciencia, el arte, la literatura, etc., son el objeto de análisis con pretensión científica. Hay una historia de la literatura, una historia de la filosofía, una historia de las ciencias, etc., y en todos esos terrenos encontramos la misma oposición, el mismo antagonismo, a menudo considerados como irreductibles —el dominio del arte es sin duda uno de los lugares donde la oposición es más fuerte— entre las interpretaciones que podemos llamar internalistas o internas y las que podemos calificar de externalistas o externas. *Grosso modo*, están por un lado quienes sostienen que para comprender la literatura o la filosofía es suficiente leer los textos. Para los partidarios de este fetichismo del texto autonomizado, que floreció en Francia con la semiología y que hoy vuelve a prosperar en todo el mundo con lo que se denomina posmodernismo, el texto es el alfa y el omega y, cuando se trata de comprender un texto filosófico, un código jurídico o un poema, no hay que conocer nada más que su letra. Esquematizo un poco, pero no demasiado.

En contraste, otra tradición, a menudo representada por personas que reivindican el marxismo, quiere remitir el texto al contexto y se propone interpretar las obras mediante su puesta en relación con el mundo social o el mundo económico. Hay toda clase de ejemplos de esta oposición, y a quienes se interesen en ella les aconsejo mi libro *Las reglas del arte*, en el que menciono de manera más precisa las diferentes corrientes, con el apoyo de referencias bibliográficas.

En lo que concierne a la ciencia encontramos las mismas oposiciones, con una tradición de historia de la ciencia que, por otra parte, está bastante próxima a la de la historia de la filosofía. Esta tradición, notablemente representada en Francia, describe el proceso de perpetuación de la ciencia como una especie de partenogénesis, por el que aquélla se engendraría a sí misma al margen de toda intervención del mundo social.

Elaboré la noción de campo para salir de esa disyuntiva. Se trata de una idea extremadamente simple, cuya función negativa es bastante evidente. Digo que para comprender una producción cultural (literatura, ciencia, etc.), no basta con referirse a su contenido textual, pero tampoco con referirse al contexto social y conformarse con una puesta en relación directa del texto y el contexto. Es lo que llamo "error del cortocircuito", que consiste en relacionar una composición musical o un poema simbolista con las huelgas de Fourmies o las manifestaciones de Anzin, como lo hicieron algunos historiadores del arte o de la literatura. Mi hipótesis consiste en suponer que entre esos dos polos, muy distantes, entre los cuales se presume, un poco imprudentemente, que puede pasar la corriente, hay un universo intermedio que llamo *campo literario, artístico, jurídico o científico*, es decir, el universo en el que se incluyen los agentes y las instituciones que producen, reproducen o difunden el arte, la literatura o la ciencia. Ese universo es un mundo social como los demás, pero que obedece a leyes sociales más o menos específicas.

La noción de campo pretende designar ese espacio

relativamente autónomo, ese microcosmos provisto de sus propias leyes. Si bien está sometido, como el macrocosmos, a leyes sociales, éstas no son las mismas. Si bien nunca escapa del todo a las coacciones del macrocosmos, dispone de una autonomía parcial, más o menos marcada, con respecto a él. Y una de las grandes cuestiones que se planteará en referencia a los campos (y los subcampos) científicos será precisamente el grado de autonomía de que disfrutan. Una de las diferencias, relativamente simple pero siempre difícil de apreciar y cuantificar, entre los distintos campos científicos lo que se denominan las disciplinas, será en efecto su grado de autonomía. Lo mismo vale para las instituciones. Podremos preguntarnos, por ejemplo, si el CNRS es más autónomo que el INRA, éste más autónomo que el INSEE,* etc. Uno de los problemas conexos será, indudablemente, saber cuál es la naturaleza de las coacciones externas, la forma en que se ejercen, créditos, órdenes, encargos, contratos, etc., y de qué modo se manifiestan las resistencias que caracterizan la autonomía, vale decir, cuáles son los mecanismos que introduce el microcosmos para liberarse de esas coacciones externas y estar en condiciones de reconocer únicamente sus propias determinaciones internas.

En otras palabras, es preciso salir de la alternativa de la "ciencia pura", totalmente liberada de cualquier necesidad social, y la "ciencia servil", sometida a todas las exigencias político-económicas. El campo científico es un mundo social y, como tal, ejerce coacciones, solicitudes, etc., pero que son relativamente independientes de las coacciones del mundo social global que lo engloba. En realidad, las coacciones externas, cualquiera sea su naturaleza, al no ejercerse sino por intermedio del campo, son mediatizadas por la lógica de éste. Una de las manifestaciones más visibles de la autonomía del campo es su capacidad de *refractar*, re-

* Institut National de la Statistique et des Études Économiques (Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos). (N. del T.)

traduciéndolas en una forma específica, las coacciones o las demandas externas. ¿Cómo va a retraducirse en un campo dado un fenómeno externo, una catástrofe, una calamidad (la peste negra cuyos efectos se buscaron en la pintura), la enfermedad de la vaca loca y no sé cuántas cosas más?

Digamos que cuanto más autónomo es un campo, más intenso será su poder de refracción y más se transfigurarán las coacciones externas, al extremo de volverse, con frecuencia, absolutamente irreconocibles. El grado de autonomía de un campo, en consecuencia, tiene como indicador principal su poder de refracción, de retraducción. A la inversa, la heteronomía de un campo se manifiesta esencialmente en el hecho de que los problemas exteriores, en especial los políticos, se expresan directamente en él. Vale decir que la “politización” de una disciplina no es el indicio de una gran autonomía, y una de las grandes dificultades con que se topan las ciencias sociales para llegar a ésta es el hecho de que personas poco competentes, desde el punto de vista de las normas específicas, siempre pueden intervenir en nombre de principios heterónomos sin que se las descalifique de inmediato.

Si hoy en día ustedes intentan decirles a los biólogos que uno de sus descubrimientos es de izquierda o de derecha, católico o no católico, van a suscitar una franca hilaridad, pero no siempre fue así. En sociología todavía pueden decirse ese tipo de cosas. En economía, desde luego, también, por más que los economistas se esfuerzan por hacer creer que ya no es posible.

Cualquier campo, el científico por ejemplo, es un campo de fuerzas y un campo de luchas por transformar ese campo de fuerzas. En un primer momento, se puede describir un espacio científico o un espacio religioso como un mundo físico, que comprende relaciones de fuerza y de dominación. Los agentes, por ejemplo las empresas en el caso del campo económico, crean el espacio y en cierto modo éste sólo existe por ellos y las relaciones objetivas entre los agentes que se encuentran

en él. Una gran empresa deforma todo el espacio económico al conferirle una estructura determinada. En el campo científico, Einstein, como una gran compañía, deformó todo el espacio en torno de sí. Esta metáfora einsteiniana a propósito de Einstein significa que no hay físico, grande o pequeño, en Brioude o Harvard, que (al margen de cualquier contacto directo, de cualquier interacción) no haya sido afectado, zamarreado, marginado por la intervención de Einstein, así como una gran empresa que baja los precios expulsa del campo económico a toda una población de pequeños empresarios.

En esas condiciones y esto es importante posteriormente para la reflexión práctica, lo que gobierna los puntos de vista, lo que gobierna las intervenciones científicas, los lugares de publicación, los temas que elegimos, los objetos en que nos interesamos, etc., es la estructura de las relaciones objetivas entre los diferentes agentes que son, para emplear una vez más la metáfora einsteiniana, fuentes de campo. La *estructura de las relaciones objetivas* entre los agentes determina lo que éstos pueden hacer y no hacer. O, más precisamente, la posición que ellos ocupan en esa estructura determina u orienta, al menos negativamente, sus tomas de posición. Lo cual significa que sólo comprendemos verdaderamente lo que dice o hace un agente comprometido en un campo (un economista, un escritor, un artista, etc.) si estamos en condiciones de referirnos a la posición que ocupa en ese campo, si sabemos “desde dónde habla”, como se decía de manera un poco vaga alrededor de 1968 –cosa que supone que hayamos podido y sabido hacer previamente el trabajo necesario para construir las relaciones objetivas que son constitutivas de la estructura del campo en cuestión– en vez de conformarnos con remitirnos al lugar que supuestamente ocupa en el espacio social, a lo que la tradición marxista llama su condición de clase.

Esta estructura está, *grosso modo*, determinada por la distribución del capital científico en un momento dado. En otras palabras, los agentes (individuos o insti-

tuciones) caracterizados por el volumen de su capital, determinan la estructura del campo en proporción a su peso, que depende a su vez del peso de todos los demás agentes, es decir, de todo el espacio. Pero a la inversa, cada agente actúa bajo la coacción de la estructura del espacio, que se le impone tanto más brutalmente cuanto más escaso es su peso relativo. Esta coacción estructural no adopta necesariamente la forma de una coacción directa que se ejerza en la interacción (orden, "influencia", etcétera).

Así como en el campo económico una modificación de precios decidida por los dominantes cambia el medio ambiente de todas las empresas o como Sartre, en el campo intelectual de la década del cincuenta, gobierna indirectamente las elecciones de Bataille o Blanchot con sus tomas de posición con respecto a Heidegger o Faulkner,¹ en el ámbito de la investigación científica, los investigadores o las investigaciones dominantes definen, en un momento dado, el conjunto de los objetos importantes, es decir, el conjunto de las cuestiones que importan para los investigadores, sobre las cuales van a concentrar sus esfuerzos y que, por decirlo así, van a "redituar", determinando una concentración de los afanes investigativos.

De ello se deduce que, al contrario de lo que hace creer un constructivismo idealista, los agentes hacen los hechos científicos e incluso, en parte, el campo científico, pero a partir de una posición en éste que no hicieron y que contribuye a definir sus posibilidades e imposibilidades. Contra la ilusión maquiavélica, a la que sucumben ciertos sociólogos de la ciencia, tal vez porque atribuyen a los sabios su propia visión "estratégica", por no decir cínica, del mundo científico, hay que recordar en primer lugar que nada es más difícil y hasta imposible de "manipular" que un campo. Hay que señalar, por otra parte, que por versado que pueda ser en la "gestión

¹ Cf. A. Boschetti, *Sartre et Les Temps Modernes*, París, Éditions de Minuit, 1985 [traducción castellana: *Sartre y Les Temps Modernes: una empresa intelectual*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990].

de las redes" (que inquieta tanto a quienes pretenden servirse de su "ciencia" de la ciencia para promover sus teorías de la ciencia y afirmar su poder de expertos en el mundo de ésta), las posibilidades que un agente singular tiene de plegar las fuerzas del campo a sus deseos son proporcionales a su fuerza sobre él, vale decir, a su capital de crédito científico o, más precisamente, a su posición en la estructura de la distribución del capital. Esto es cierto salvo en los casos, completamente excepcionales, en que, gracias a un descubrimiento revolucionario, idóneo para cuestionar los propios fundamentos del orden científico establecido, un científico redefine los principios mismos de la distribución del capital, las reglas mismas del juego.

Dije que lo que define la estructura del campo en un momento dado es la estructura de la distribución del capital científico entre los diferentes agentes intervinientes en ese campo. Muy bien, me dirán, pero, ¿qué entiende usted por capital? También en este caso sólo puedo responder brevemente: cada campo es el lugar de constitución de una forma específica de capital. Como lo establecí en 1975² (la evocación de las fechas, es decir, de las prioridades de descubrimiento, es necesaria a veces para protegerse contra las tergiversaciones, sobre todo cuando están acompañadas por deformaciones destinadas a disimularlas), el capital científico es una especie particular de capital simbólico (del que sabemos que siempre se funda en actos de conocimiento y reconocimiento) que consiste en el reconocimiento (o el crédito) otorgado por el conjunto de los pares-competidores dentro del campo científico (la cantidad de menciones en el *Citation index* es un buen indicador, que se puede mejorar, como yo lo hice en la investigación sobre el campo universitario francés, si se toman en cuenta los signos de reconocimiento y consagración como el Premio Nobel o, en el plano nacional, las medallas del CNRS y

² P. Bourdieu, "La spécificité du champ scientifique...", *art. cit.*, p. 4.

también las traducciones en idiomas extranjeros). Más adelante volveré a las diferentes formas que puede adoptar ese capital y los poderes que procura a sus poseedores.

Los capitalistas científicos, si es válido que me exprese así, no tienen casi nada en común, si se hacen a un lado los efectos de las homologías estructurales, con los capitalistas en el sentido corriente, esto es, aquellos a quienes encontramos en el campo económico (y la confusión, si bien permite hacer alarde de radicalismo, es extremadamente peligrosa, dado que equivale a ignorar todas las especificidades ligadas a la lógica propia del campo científico). Es evidente que el capital de Einstein no era de naturaleza financiera. Ese capital de un tipo completamente singular se basa en parte en el reconocimiento de una competencia que, además de los efectos de conocimiento que produce, y parcialmente a través de ellos, procura autoridad y contribuye a definir no sólo las reglas de juego, sino también las regularidades del juego, las leyes según las cuales van a distribuirse en éste, por ejemplo, las ganancias, las leyes que hacen que sea importante o no escribir sobre tal o cual tema, que sea brillante o anticuado, que sea más redituable publicar en el *American Journal de esto y aquello* que en la *Revue Française de tal y cual*.

Los campos son el lugar de relaciones de fuerzas, que implican tendencias inmanentes, probabilidades objetivas. Un campo no se orienta en absoluto por el azar. En él, no todo es igualmente posible o imposible en cada momento. Entre las ventajas sociales de quienes nacieron en un campo, está precisamente el hecho de poseer, por una especie de ciencia infusa, el dominio de sus leyes inmanentes, leyes no escritas que están inscriptas en la realidad en el estado de tendencias, y tener lo que en rugby, pero también en la bolsa, se llama *sentido de la ubicación*. Por ejemplo, numerosos estudios confirman que las estrategias de reconversión que ponen en práctica los científicos, y que los llevan a pasar de un dominio a otro o de un tema a otro, son muy desigualmente

probables según los agentes, el capital de que disponen y la relación con él que establecieron a través de su manera de adquirirlo.

Ese arte de prever las tendencias, que en todas partes se constata estrechamente vinculado con un origen social y escolar elevado y que permite apoderarse en el momento oportuno de los buenos temas, los buenos ámbitos de publicación (o, en otra parte, de exposición), etc., es uno de los factores que determinan las diferencias sociales más notables en las carreras científicas (y es más patente aún en el arte moderno). Ese sentido del juego es ante todo un sentido de la historia del juego, un sentido de su futuro. Así como un buen jugador de rugby sabe dónde va a ir la pelota y está ya en el lugar en que va a caer, el buen jugador científico es quien, sin tener necesidad de calcular, de ser cínico, toma las decisiones redituables. Quienes nacieron en el juego tienen el privilegio de la calidad de "innatos". No necesitan ser cínicos para hacer lo que hay que hacer en el momento preciso y recoger la ganancia.

Hay por lo tanto estructuras objetivas, y también luchas con respecto a ellas. Los agentes sociales no son, desde luego, partículas pasivamente movidas por las fuerzas del campo (aunque a veces se diga que se parecen mucho a eso: si se observan ciertas evoluciones políticas, por ejemplo la de muchos de nuestros intelectuales, ¿cómo no decir que las limaduras siguen verdaderamente las fuerzas del campo?). Tienen disposiciones adquiridas; no desarrollaré este punto aquí que yo llamo *habitus*, es decir, maneras de ser permanentes, duraderas, que pueden llevarlos, en particular, a resistir, a oponerse a las fuerzas del campo. Quienes adquirieron lejos del campo en que se inscriben unas disposiciones que no son las que exige ese campo, corren el riesgo, por ejemplo, de estar siempre desfasados, desplazados, mal ubicados, incómodos en su pellejo, a contrapelo y a destiempo, con todas las consecuencias que ustedes se podrán imaginar. Pero también pueden entrar en lucha con las fuerzas del campo, resistirse a

ellas y, en vez de plegar sus disposiciones a las estructuras, intentar modificar las estructuras en función de sus disposiciones, para conformarlas a ellas.

Como quiera que sea, el campo es objeto de lucha, tanto en su representación como en su realidad. La gran diferencia entre un campo y un juego (que no deberían olvidar quienes se arman de la teoría de los juegos para comprender los juegos sociales, y en particular el económico) es que el primero es un juego en el que las reglas mismas se ponen en juego (como lo vemos todas las veces que una revolución simbólica —la que efectúa Manet, por ejemplo— redefine las condiciones mismas de acceso al juego, es decir, las propiedades que en éste funcionan como capital y dan poder sobre él y sobre los otros jugadores). Los agentes sociales están insertados en la estructura en posiciones que dependen de su capital y desarrollan estrategias que, en sí mismas, dependen en gran parte de esas posiciones, en los límites de sus disposiciones. Esas estrategias se orientan, ya sea hacia la conservación de la estructura, ya hacia su transformación, y en términos generales se puede comprobar que cuanto más ocupa la gente una posición favorecida en aquélla, más tiende a conservar a la vez la estructura y su posición, en los límites, no obstante, de sus disposiciones (es decir de su trayectoria social, su origen social), que están más o menos de acuerdo con su posición.

LAS PROPIEDADES ESPECÍFICAS DE LOS CAMPOS CIENTÍFICOS

Tras haber recordado de este modo las propiedades muy generales de los campos y tomar adrede ejemplos en el campo económico o el literario, lo mismo que en el científico, querría ahora presentarles rápidamente los caracteres específicos de este último. Cuanto más autónomos son los campos científicos, más escapan a las leyes sociales externas. Al principio descarté una forma de reduccionismo consistente en reducir las leyes de acuerdo con las cuales funciona un campo a las leyes sociales exteriores, cosa que llamo error del cortocircuito.

Pero hay una segunda forma de reduccionismo, más sutil, lo que se denomina “programa fuerte” en sociología de las ciencias, “radicalización” indebida de las posiciones que yo defiendo y que consiste en reducir las estrategias de los sabios a las estrategias sociales que son siempre uno de sus aspectos y a sus determinantes sociales, e ignorar la sublimación de los intereses externos, políticos —esto va de suyo— o internos, ligados a la lucha en el campo, que es impuesta por las leyes sociales de éste (y en especial por las coacciones inherentes al hecho de que cada uno no tenga otros clientes que sus competidores). Sublimación que, tácitamente exigida a todo nuevo ingresante, está implicada en esta forma particular de la *illusio* inherente a la pertenencia a un campo, vale decir, la creencia científica, como interés desinteresado e interés en el desinterés, que induce a admitir que, como suele decirse, el juego científico merece jugarse, que la cosa vale la pena y que

define los objetos dignos de interés, interesantes, importantes, capaces, por lo tanto, de merecer la inversión.

En otras palabras, el campo, es decir, más precisamente, la economía antieconómica y la competencia regulada de las que es ámbito, produce esa forma particular de *illusio* que es el interés científico, esto es, un interés que, en comparación con las formas de interés que tienen vigencia en la existencia corriente (y en especial en el campo económico), aparece como desinteresado, gratuito. Empero, más sutilmente, el interés "puro", desinteresado, es un interés en el desinterés, forma de interés conveniente en todas las economías de los bienes simbólicos, economías antieconómicas en las que, en cierto modo, lo "redituable" es el desinterés. (Ésa es una de las diferencias más radicales entre el "capitalista científico" y el capitalista a secas.) De ello se deduce que las estrategias de los agentes siempre tienen, en cierta forma, una doble cara, son ambiguas, interesadas y desinteresadas, porque están inspiradas por una especie de interés en el desinterés y pueden darse dos descripciones opuestas pero igualmente falsas, por ser unilaterales: una hagiográfica e idealizada, la otra cínica y reduccionista, que hace del "capitalista científico" un capitalista como los demás.

Tenemos así testimonios de directores de grandes revistas norteamericanas de física que cuentan que los investigadores los llaman tanto de día como de noche, angustiados, porque se puede perder el beneficio de veinte años de investigación por cinco minutos de retraso. Es comprensible que, en esas condiciones, estemos lejos de la visión hagiográfica de la ciencia, que es desmentida por todo lo que conocemos de la verdad de la investigación: los plagios, los robos de ideas, las disputas de propiedad, otras tantas prácticas que son tan antiguas como la ciencia misma. Los sabios son interesados, tienen ganas de llegar los primeros, de ser los mejores, de brillar.

Pero la paradoja de los campos científicos es que producen a la vez esas pulsiones mortíferas y su control.

Si usted quiere vencer a un matemático, hay que hacerlo matemáticamente, mediante la demostración o la refutación. Desde luego, siempre existe la posibilidad de que el soldado romano le corte la cabeza a un matemático, pero se trata de un "error de categoría", como dirían los filósofos. Pascal vería en ello un acto de tiranía consistente en utilizar en un orden un poder que pertenece a otro orden. Pero semejante triunfo no es tal, según las normas propias del campo. Ocurre lo mismo con el éxito de esos autores que, al no poder llegar a la consagración de acuerdo con las normas específicas del campo literario, logran incorporarse a la Academia Francesa y se pasan el tiempo escribiendo en los diarios o mostrándose en televisión. Muchas consagraciones temporales en el orden espiritual tienen una función compensatoria semejante.

Cuanto más heterónimo es un campo, más imperfecta es la competencia y más legítimo resulta que los agentes hagan intervenir fuerzas no científicas en las luchas científicas. Al contrario, cuanto más autónomo es un campo y más cerca está de una competencia pura y perfecta, más puramente científica es la censura, que excluye la intervención de fuerzas meramente sociales (argumento de autoridad, sanciones profesionales, etc.); las coacciones sociales adoptan la forma de coacciones lógicas y recíprocamente: para hacerse valer, hay que hacer valer razones, y para triunfar, hay que hacer triunfar argumentos, demostraciones y refutaciones.

La lucha científica es una lucha armada entre adversarios que poseen armas tanto más poderosas y eficaces cuanto más importante es el capital científico colectivamente acumulado en y por el campo (por lo tanto, incorporado en cada uno de los agentes), y que se ponen de acuerdo al menos para invocar, como una especie de árbitro final, el veredicto de la experiencia, es decir, de lo "real". Esa "realidad objetiva" a la que todo el mundo se refiere de manera explícita o tácita nunca es, en definitiva, más que lo que los investigadores participantes en el campo en un momento dado concuerdan en

considerar como tal, y sólo se manifiesta en el campo a través de las *representaciones* que dan de ella quienes invocan su arbitraje.

También puede suceder lo mismo en otros campos, como el religioso o el político, en el que, en particular, los adversarios luchan por imponer principios de visión y división del mundo social, sistemas de clasificación en clases, regiones, naciones, etnias, etc., y no cesan de poner como testigo, en cierto modo, al mundo social, de hacerlo comparecer ante el tribunal, para pedirle que confirme o invalide sus diagnósticos o sus pronósticos, sus visiones y sus previsiones. Pero lo que constituye la especificidad del campo científico es que los competidores se ponen de acuerdo sobre unos principios de verificación de la conformidad a lo "real", sobre unos métodos comunes de convalidación de las tesis y las hipótesis; en síntesis, sobre el contrato tácito, inseparablemente político y cognitivo, que funda y rige el *trabajo de objetivación*.

Como consecuencia, en el campo se enfrentan construcciones sociales antagónicas, *representaciones* (con todo lo que la palabra implica de exhibición teatral destinada a hacer ver y hacer valer una manera de ver), pero representaciones realistas, que se pretenden fundadas en una "realidad" dotada de todos los medios para imponer su veredicto a través del arsenal de métodos, instrumentos y técnicas de experimentación colectivamente acumulados y colectivamente puestos en acción, bajo la coacción de las disciplinas y las censuras del campo y también por la virtud invisible de la orquestación de los *habitus*.

Así, pues, todo sería para bien en el mejor de los mundos científicos posibles si la lógica de la competencia puramente científica fundada en la mera fuerza de las razones y los argumentos no fuera contrarrestada y en algunos casos incluso anulada por fuerzas y coacciones externas (como se ve en el caso de las ciencias que aún están a medio camino en el proceso de autonomización y en las que sigue siendo posible disfrazar las

censuras sociales como censuras científicas y vestir de razones científicas unos abusos de poder social específico, como la autoridad administrativa o el poder de nominación a través de los jurados de concursos).

De hecho, el mundo de la ciencia, como el mundo económico, conoce relaciones de fuerza, fenómenos de concentración del capital y el poder y hasta de monopolio, relaciones sociales de dominación que implican un embargo de los medios de producción y reproducción; experimenta también luchas cuya apuesta es en parte el control de los medios de producción y reproducción específicos, propios del subuniverso considerado. Si es así, se debe, entre otras razones, a que la economía antieconómica –volveré a este punto– del orden propiamente científico sigue enraizada en la economía y, a través de ella, da pábulo al poder económico (o político) y a las estrategias propiamente políticas que apuntan a conquistarlo o conservarlo.

La actividad científica implica un costo económico y el grado de autonomía de una ciencia depende en parte de la medida en que necesita recursos económicos para desenvolverse (en ese aspecto, los matemáticos están mejor ubicados que los físicos e incluso que los biólogos). Pero depende también, y sobre todo, del grado en que el campo científico está protegido contra las intrusiones (en especial, a través del derecho de entrada más o menos elevado que impone a los nuevos ingresantes y que depende del capital científico colectivamente acumulado) y en que es capaz de imponer sus sanciones positivas o negativas.

LAS DOS ESPECIES DE CAPITAL CIENTÍFICO

Se deduce que los campos científicos son el ámbito de dos formas de poder, correspondientes a dos especies de capital científico: por un lado, un poder que podemos llamar temporal (o político), poder institucional e institucionalizado que está ligado a la ocupación de posiciones eminentes en las instituciones científicas, direcciones de laboratorios o departamentos, pertenencia a comisiones, comités de evaluación, etc., y al poder sobre los medios de producción (contratos, créditos, puestos, etc.) y reproducción (facultad de nombrar y promover carreras) que asegura esa posición prominente; por otro lado, un poder específico, "prestigio" personal que es más o menos independiente del precedente según los campos y las instituciones, y que se basa casi exclusivamente en el reconocimiento, poco o mal objetivado e institucionalizado, del conjunto de los pares o su fracción más consagrada (en especial, con los "colegios invisibles" de eruditos unidos por relaciones de estima recíproca).

Debido a que la innovación científica no se produce sin rupturas sociales con los presupuestos en vigor (siempre correlativos de precedencias y privilegios), el capital científico "puro", aunque se ajuste a la imagen ideal que el campo quiere tener y dar de sí mismo, está, al menos en la fase de acumulación inicial, más expuesto a la impugnación y la crítica, *controversial*, como dicen los anglosajones, que el capital científico institucionalizado, y en ciertas disciplinas puede suceder que

los grandes innovadores (Braudel, Lévi-Strauss, Dumézil, por ejemplo, en el caso de las ciencias sociales) hayan sido marcados con estigmas de herejía y violentamente combatidos por la institución.

Las dos especies de capital científico tienen leyes de acumulación diferentes: el capital científico “puro” se adquiere principalmente gracias a los aportes reconocidos al progreso de la ciencia, las invenciones o los descubrimientos (las publicaciones, especialmente en los órganos más selectivos y prestigiosos, por lo tanto aptos para otorgar prestigio, a la manera de bancos de crédito simbólico, son su mejor indicador); el capital científico de institución se adquiere esencialmente mediante estrategias políticas (específicas) que tienen en común demandar *tiempo* –participación en comisiones, jurados (de tesis, de concursos), coloquios más o menos ficticios en el plano científico, ceremonias, reuniones, etc.–, de modo que es difícil decir si, como lo profesan de buen grado sus poseedores, su acumulación es el principio (a título de compensación) o el resultado de un menor éxito en la acumulación de la forma más específica y más legítima de capital científico.

Difíciles de sumar prácticamente, las dos especies de capital científico difieren también por sus formas de transmisión. El capital científico “puro” que, escasamente objetivado, muestra cierta vaguedad y sigue siendo relativamente indeterminado, siempre tiene algo de carismático (en la percepción común, está ligado a la persona, a sus “dones” personales, y no puede ser objeto de un “nombramiento por decreto”); en ese concepto, es extremadamente difícil de transmitir en la práctica (aun cuando, a diferencia del profeta, el modisto o el poeta, el gran investigador puede comunicar la parte más formalizada de su competencia científica, pero sólo gracias a un prolongado y lento trabajo de formación o, mejor, de colaboración, que insume mucho tiempo; y aun cuando también pueda, como cualquier poseedor de capital simbólico, “consagrar” investigadores, formados o no por él, construyendo su reputación, firmando con

ellos, publicándolos, recomendándolos a instancias de consagración, etcétera).

Al contrario, el capital científico institucionalizado tiene más o menos las mismas reglas de transmisión que cualquier otra especie de capital burocrático: aun que en ciertos casos deba asumir las apariencias de una “elección pura”, en especial por medio de unos concursos que, de hecho, pueden ser muy similares a los de reclutamiento burocrático, en los que la definición del puesto está, en cierta forma, preajustada a las medidas del candidato deseado. (Es indudable que el conflicto entre los dos principios se hace más visible en las operaciones de cooptación que procuran perpetuar el cuerpo de investigadores: los dueños del capital científico institucionalizado tienden a organizar los procedimientos los concursos, por ejemplo de acuerdo con la lógica de la nominación burocrática, mientras que los poseedores del capital científico “puro” tienden a situarse en la lógica “carismática” del “descubridor”).

Dicho esto, en un muy hermoso artículo¹ que, por la minucia de la observación, el rigor del análisis y la justeza (modesta) de la teorización, se sitúa en la posición exactamente contraria a la tendencia actual, a la vez mediática y cínica, de la sociología de las ciencias, Terry Shinn ha mostrado que las dos especies de capital científico y las dos formas de poder pueden coexistir dentro del mismo laboratorio, en ciertos casos para el mayor provecho de la empresa colectiva, con el director de laboratorio por un lado, quien, muy informado del estado de la investigación, en especial gracias a la frecuentación de los comités y las comisiones, encarna de algún modo la “ciencia normal” y produce trabajos orientados hacia la generalización, y por el otro, el investigador prestigioso que se consagra a la construcción de “modelos integradores” y aporta a sus otros colegas, *seniors* y *juniors*, una especie de inyección de

¹ T. Shinn, “Hiérarchies des chercheurs et formes des recherches”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 74, septiembre de 1988, pp. 2-22.

imaginación científica (esta división del trabajo, observada en un laboratorio de física, vuelve a encontrarse en muchos grupos de investigación pertenecientes a las disciplinas más diversas).

Por razones prácticas, la suma de las dos especies de capital es, como ya lo señalé, extremadamente difícil. Y es posible caracterizar a los investigadores por la posición que ocupan en esta estructura, vale decir, por la estructura de su capital científico o, más precisamente, por el peso relativo de su capital “puro” y su capital “institucional”: en un extremo, con los poseedores de un fuerte crédito específico y un escaso peso político y, en el extremo opuesto, los poseedores de un fuerte crédito político y un débil crédito científico (en especial, los administradores científicos).

Si se da el caso de que la acumulación de un fuerte crédito científico (frente a los pares) favorece a la larga, y en general en el ocaso (vale decir, cuando es demasiado tarde), la obtención de créditos económicos y políticos (concedidos por los poderes administrativos, políticos, etc.), la conversión de capital político (específico) en poder científico es (¡por desdicha!) más fácil y más rápida, sobre todo en el caso de quienes ocupan posiciones intermedias en las dos distribuciones (de prestigio y de poder) y que, mediante el poder que están en condiciones de ejercer sobre la producción y la reproducción (participación en el Consejo Nacional de las Universidades [CNU], en las comisiones del CNRS, en los jurados de los concursos de reclutamiento y promoción, etc.), pueden asegurar la perpetuación de la ortodoxia contra la innovación (en especial, gracias a alianzas complejas por medio de las cuales los delegados sindicales —a menudo destinados a convertirse en cuadros administrativos— pueden dar su apoyo a los empleados más apegados al orden científico establecido).

Las relaciones de fuerza simbólicas dentro del campo científico no tienen la claridad contrastante que puede darles un análisis científico dedicado a cuantificar hasta las propiedades más impalpables, como la reputación

internacional. Por medio, en particular, del dominio que garantiza sobre las instancias y los instrumentos de consagración, academias, diccionarios, premios o distinciones (al menos nacionales), el poder científico institucional (que, al estar vinculado al control de los cargos en la universidad y las instituciones de investigación, es más o menos estrictamente nacional, lo cual contribuye a explicar el desfase entre las jerarquías nacionales y las jerarquías internacionales) logra producir un efecto de halo casi carismático, en especial sobre los jóvenes investigadores, a menudo inclinados (y no sólo por servilismo interesado) a atribuir cualidades científicas a aquellos de quienes dependen para avanzar en su carrera, con lo que éstos pueden asegurarse clientelas dóciles y todo el cortejo de citas complacentes y homenajes académicos.

Otro factor de interferencia, al menos a los ojos de los “*juniors*”, que contribuyen en una medida importante a construir el capital simbólico (ese “ser percibido”, *percipi*, que depende de la percepción y la apreciación de los agentes intervinientes en el campo), es el hecho de que, como ya lo indiqué, el crédito científico pueda, a la larga, asegurar pese a todo una forma de crédito político (el término siempre se toma en el sentido específico) de consagración temporal que, en ciertos contextos, puede ser un factor de desencantamiento e incluso de descrédito (uno de los problemas de los innovadores, cuando llegan a la consagración, sobre todo en literatura, es conservar los prestigios asociados a la ruptura herética de la vanguardia).

Habría que analizar los efectos, en el funcionamiento del campo científico, de esta dualidad de poderes. ¿Sería el campo científicamente más eficiente si los más prestigiosos fueran también los más poderosos? Y si suponemos que sí, ¿sería necesariamente más soportable?

Todo lleva a pensar que todo el mundo (o casi) sale ganando con esa división de los poderes y ese compromiso bastardo que evita lo que podría tener de pavoroso una especie de teocracia epistemocrática de los “mejo-

res” o, a la inversa, un cisma total de ambos poderes, que condenara a los “mejores” a la más absoluta impotencia. Pero es inevitable ver con cierto pesar lo que puede tener de “funcional”, no para el progreso de la ciencia sino para la comodidad de los investigadores menos activos y productivos, el hecho de que el poder temporal sobre el campo científico sea la mayor parte de las veces otorgado a una tecnocracia de la investigación, es decir, a unos investigadores que no son necesariamente los mejores desde el punto de vista de los criterios científicos.

Lo cierto es que cuanto más limitada e imperfecta sea la autonomía que un campo ha adquirido y más marcados se hallen en él los desfases entre las jerarquías temporales y las jerarquías específicas, tanto más los poderes temporales que a menudo se erigen en relevos de los poderes externos podrán intervenir en las luchas específicas, especialmente a través del control de los puestos, los subsidios, los contratos, etc., que permiten a la pequeña oligarquía de los miembros permanentes de las comisiones mantener sus clientelas. El hecho de que las diferentes disciplinas científicas necesiten, para desenvolverse, recursos económicos en grados diversos, hace que ciertos investigadores, a veces convertidos en administradores científicos (más o menos directamente asociados a la investigación), puedan, por medio del control de esos recursos que les asegura su capital social, ejercer sobre la investigación un poder que podemos calificar de tiránico (en el sentido que le da Pascal), porque no tiene su origen en la lógica específica del campo.

Así, en razón de que su autonomía con respecto a los poderes externos nunca es total y de que son el ámbito de dos principios de dominación, temporal y específica, todos estos universos se caracterizan por una ambigüedad estructural: los conflictos intelectuales también son siempre, desde cierto punto de vista, conflictos de poder. Cualquier estrategia de un sabio entraña a la vez una dimensión política (específica) y una dimensión

científica, y la explicación siempre debe mantener unidos los dos aspectos. Sin embargo, el peso relativo de uno y otro varía mucho, según el campo y la posición dentro de él: cuanto más heterónomos son los campos, mayor es el desfase entre la estructura de la distribución en el campo de los poderes no específicos (políticos), por una parte, y la estructura de la distribución de los poderes específicos: el reconocimiento, el prestigio científico, por la otra.

Hay incluso universos en los que ambas estructuras están invertidas: la distribución de los profesores de letras y de ciencias humanas de la enseñanza superior francesa en el espacio del campo universitario es tal que cuanto más cerca están del polo del poder, menos prestigio tienen (medido por indicadores tales como el rango en el *Citation index*, la cantidad de traducciones y toda una serie de otros elementos): por un lado, los individuos más poderosos, en particular desde el punto de vista del control de la reproducción del cuerpo (quienes tienen asiento en el CNU, en los grandes jurados de concursos, etc.) y de la perpetuación del paradigma, de la ortodoxia; por el otro, los individuos que tienen prestigio, notoriedad, reconocimiento, sobre todo internacional, pero poco poder.

Esta discordancia genera toda una serie de efectos. Permite a quienes fracasan armarse historias e imputar por ejemplo su mala posición intelectual a su mala posición en el orden del poder, o denunciar a los poseedores de prestigio como si se tratara de poseedores de poder. También permite a los dominantes temporales en contraste con los dominantes espirituales jugar con la ambigüedad de la estructura para presentar estrategias destinadas a reproducir su posición como estrategias concebidas para promover la ciencia.

Vale decir que en esos universos, para que progrese la científicidad, hay que hacer progresar la autonomía y, más concretamente, sus condiciones prácticas, mediante la elevación de las barreras a la entrada, la exclusión de la introducción y utilización de armas no

específicas y la promoción de formas reguladas de competencia, únicamente sometidas a las restricciones de la coherencia lógica y la verificación experimental.

EL ESPACIO DE LOS PUNTOS DE VISTA

Entre los usos sociales de la ciencia hay uno, en efecto, que casi siempre se olvida aunque no es, sin duda, el menos importante: el que consiste en poner la ciencia, y más especialmente la ciencia de la ciencia, al servicio de la ciencia, de su progreso. ¿Un análisis puramente descriptivo como el que propuse puede conducir a tomas de posición prescriptivas? Una de las virtudes de la teoría del campo es que permite romper con el conocimiento primero, necesariamente parcial y arbitrario —todos ven el campo con cierta lucidez, pero a partir de un punto de vista dentro de él que no ven—, y con las teorías semieruditas que no hacen más que explicitar uno de los puntos de vista sobre el campo.

Para hacer que se entienda, suelo tomar el ejemplo de dos análisis críticos de los intelectuales, publicados a fines de la década del cincuenta: en un libro que supo gozar de cierta notoriedad, *El opio de los intelectuales*, Raymond Aron esbozaba un retrato de quienes él llamaba “intelectuales”, vale decir, según la definición entonces vigente, los “intelectuales de izquierda”, cuyos representantes más acabados eran Sartre y Simone de Beauvoir; en una serie de artículos aparecidos en *Les Temps Modernes*, la revista de Sartre, Simone de Beauvoir proponía una evocación metódica y argumentada del “pensamiento de derecha” (encarnado, a su juicio, por Aron y algunos otros).

Pero más allá de la oposición radical que los separaba, uno y otro tenían en común tomar por una representa-

ción estrictamente objetiva de su objeto lo que no era más que un punto de vista particular y, a la vez que eran muy lúcidos (con esa lucidez interesada que inspira la competencia, vivida como rivalidad u hostilidad) sobre el punto de vista de su competidor, eran ciegos en lo que se refería a sí mismos y, sobre todo, con respecto al punto de vista a partir del cual captaban a su antagonista, es decir, al hecho de que, inscriptos en el mismo campo, ocupaban en él posiciones antagónicas, principios de su lucidez y su ceguera.

De tal modo, el análisis científico de un campo, por ejemplo el de las instituciones de investigación, facultades, CNRS, INSEE, INSERM,* etc., dentro del cual el INRA ocupa una posición determinada, o el del mismo INRA, que también funciona como un subcampo relativamente autónomo organizado alrededor de sus propias oposiciones, puede, a primera vista, parecer muy próximo a las representaciones que los agentes producen, en especial para las necesidades de la polémica contra sus competidores. La diferencia, no obstante, es radical: en efecto, a las objetivaciones parciales e interesadas de los agentes intervinientes en el campo, se opone la objetivación de éste en cuanto conjunto de los puntos de vista (en el doble sentido de visiones adquiridas a partir de un punto del campo y de posiciones de éste a partir de las cuales se adquieren esas visiones interesadas), que implica una toma de distancia con respecto a cada uno de los puntos de vista particulares y cada una de las tomas de posición, corrientemente críticas.

Esa toma de distancia objetivante (que puede aplicarse al propio sujeto objetivante cuando toma por objeto, como yo hice en *Homo academicus*, el mismo campo del que forma parte) está implicada en el hecho de situar

* Centre National de la Recherche Scientifique (Centro Nacional de la Investigación Científica), Institut National de Statistique et d'Études Économiques (Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos), Institut National de la Santé et de la Recherche Médicale (Instituto Nacional de Salud e Investigaciones Médicas). (N. del T.)

esos puntos de vista en el espacio de las tomas de posición y referirlos a las posiciones correspondientes, vale decir, desposeerlos de su pretensión "absolutista" a la objetividad (vinculada con la ilusión de la ausencia de punto de vista) y, a la vez, también explicarlos, dar razón de ellos, hacerlos comprensibles, inteligibles.

Se advierte que al margen de cualquier intención moralizadora, el punto de vista que objetiva los puntos de vista y los constituye como tales, y al que a menudo se describe, erróneamente, como "fijación" reduccionista, entraña la sustitución de la visión polémica, parcial y arbitraria, de los agentes mismos que, como tal, es falsa aun cuando lo que revela, devela o denuncia contenga una parte de verdad, por una visión comprensiva e indulgente de acuerdo con la fórmula "comprender es perdonar" de las diferentes posiciones y tomas de posición. Por eso, constituye un aporte posible a la comprensión mutua de los ocupantes de las diferentes posiciones en el campo y, al mismo tiempo, a la integración de esta institución, que no implica de ningún modo la supresión de las diferencias de puntos de vista.

Además, lejos de conducir, como podría creerse (y como con frecuencia se quiere hacer creer), a un relativismo que no da la razón a ninguno de los competidores por la verdad, la construcción del campo permite establecer la verdad de las diferentes posiciones y los límites de validez de las diferentes tomas de posición (pretendientes o no a la verdad), cuyos defensores concuerdan tácitamente, como ya lo indiqué, en movilizar los instrumentos de prueba o de refutación más poderosos que les aseguran las conquistas colectivas de su ciencia. También permite romper con las semiobjetivaciones eruditas o las objetivaciones semicultas que sólo difieren por su pretensión de las que producen los agentes sociales, en la vida de todos los días, apoyándose en el conocimiento interesado (y a veces muy bien informado) que pueden tener de sus competidores.

Ésa es la razón por la cual, en los análisis de la estructura y el funcionamiento del INRA que trataré de

esbozar, voy a atenerme a hacer prudentes sugerencias, y les dejaré la tarea de completarlas y prolongarlas según las líneas de puntos, consciente como soy de la inmensa información, que una encuesta sistemática debería ante todo recoger, de la que ustedes disponen sobre unos y otros, unos sobre los otros, sobre las pertenencias –políticas y sindicales, en especial–, las afiliaciones, las carreras, etc., y que constantemente se pone en uso en los ejercicios de “sociología salvaje”, a menudo bastante cercanos, salvo por la ausencia de reflexividad, al análisis científico.

El análisis fundado en la captación del juego como tal rompe con los juegos (y los dobles juegos) de las imágenes antagónicas, al poner en evidencia que éstas revelan tanto sobre quienes las producen (y sobre su posición en el campo) como sobre aquellos a quienes se refieren y su posición. Esas representaciones sociales interesadas y parciales que se viven y se presentan como objetivas y universales (sobre todo dentro de universos eruditos en los que los agentes disponen, debido a su profesión, de poderosos instrumentos de universalización) son de hecho armas en las luchas internas.

Así, por ejemplo, la retórica de la “demanda social” que se impone particularmente en una institución científica que reconoce oficialmente las funciones sociales de la ciencia, se inspira menos en una preocupación real por satisfacer las necesidades y expectativas de tal o cual categoría de “clientes” (pequeños o grandes agricultores, industrias agroalimentarias, organizaciones agrícolas, ministerios, etc.) e incluso por obtener de ese modo su apoyo, que por asegurar una forma relativamente indiscutible de legitimidad y, al mismo tiempo, una inyección de fuerza simbólica en las luchas internas de competencia por el monopolio de la definición legítima de la práctica científica (en esta perspectiva, podríamos someter a un análisis metódico, que relacionara las tomas de posición y las posiciones, las actas de los Estados Generales del desarrollo agrícola de 1982).

En síntesis, no hay que esperar revelaciones radicales del análisis sociológico. Esto, muy especialmente en una institución que, como el INRA, ocupa una posición dominada desde el punto de vista del prestigio científico en el campo de las instituciones de investigación y una posición en voladizo entre la investigación aplicada y la investigación fundamental, y que a causa de ello se inclina doblemente a una inquietud y una ansiedad sobre sí misma particularmente propicias a una lucidez punzante y a veces hasta un poco patológica y autodestructiva.

Lo que aporta el análisis sociológico y que, en cierto sentido, cambia todo, es principalmente una puesta en perspectiva sistemática de las visiones perspectivas que los agentes producen para las necesidades de sus luchas prácticas dentro del campo y que, a despecho de todo lo que hacen para “universalizarlas”, como en el ejemplo de la invocación de la “demanda social”, encuentran su origen en las particularidades de una posición en el interior mismo del campo y, así puestas de pie, cambian radicalmente de sentido y función.